



BIBLIOTECA

CT3210

C3

V.1



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



PRÓLOGO

I

Propóngome con esta obra enseñar á un tiempo la imagen de aquellas mujeres que han ejercido mayor y más conocida influencia en la historia del hombre y en la dirección del mundo. Naturalmente, como el amor gusta de misterio, de secreto, muchas mujeres soberanas en almas de gran poder sobre su sociedad y sobre su siglo habrán desaparecido de la memoria universal, ó no entrado nunca, recatadas por los arreboles de su propio pudor y hasta por los cariños ó celos de la voluntad á ellas rendida y sujeta. Hoy no sabríamos acaso la pasión del casto célibe Miguel Angel por Vitoria Colonna si este solitario, silencioso, sublime, creador, como el Dios de los semitas, no hubiera tenido el descuido de besar, al morirse ya muy viejo, el nombre de la bella y altísima señora, confundiéndose con su postrer ósculo de puro amor el postrer suspiro de su férreo pecho. En cambio Dante ha logrado hacer con su genio sombrío de una mortecina muchacha, que apenas contaba diez años el día de su muerte, una especie de mística musa ideal, resbalándose como un ángel del

cielo extraviado en los infiernos, sobre nuestros dolores y nuestras penas. En cambio cuántos ignorarán cómo aquella Laura, que ha pasado en el consentimiento universal á representar el amor puro sugerido á un poeta y sacerdote por mujer casi etérea é ideal, fué matrona fornida y gorda, casada con patricio provenzal de su tiempo, madre nada menos que de nueve hijos, muy casera y muy prosaica, incapaz quizás de sentir curiosidad, entre los dolores traídos por sus frecuentes partos y los quehaceres con su numerosa familia, hacia las mismas poesías enrojecidas en el resplandor de sus ojos y en el recuerdo de su persona. Comprendamos, pues, cómo tantas mujeres, que habrán ejercido poderoso dominio sobre la ciencia y la política, yacerán ocultas por toda una eternidad en el secreto de corazones recatados y silenciosos. Para medir cuánto ignoraremos de las historias viejas, no hay como estimar y medir cuánto ignoramos de la historia contemporánea. Pocos sabrán entre nosotros qué célebre repúblico español, varias veces presidente del Consejo, se determinó á sus cambios políticos movido de amor nunca manifestado por él ni sabido por ella, pero amor profundo, aunque silencioso, á la regente doña María Cristina de Borbón. Hay cambios políticos de grave trascendencia ¿qué digo cambios políticos? sistemas filosóficos enteros, destinados á perdurar en la conciencia humana y dirigirla en el tiempo, determinados por el amor. Leopardi acaso no hubiera puesto á servicio del pesimismo su inspirado genio de haber debido al cielo una complexión más robusta. Pasábale al sin ventu-

ra lo mismo que Santa Teresa compadece con tan profunda compasión en Lucifer; estaba imposibilitado de amar, y esta imposibilidad le traía sus maldiciones á un mundo sin encantos y á una vida sin esperanzas. A decir verdad, cosa difícil es que no aparezca en la historia del hombre más retirado del mundo y aparentemente más apartado del amor, á causa de que otros objetos de la grande actividad humana lo hayan embargado, como á Santo Tomás la teología, y á Miguel Angel las artes, y á Newthon las ciencias, una faz bendita de mujer amada. Cómo la naturaleza universal saca de las dos electricidades opuestas la chispa eléctrica que, dominada por el hombre, á pesar de homicida, con tanto vasallaje le sirve, y de las afinidades ó desafinidades entre los átomos aquello que podríamos llamar creación química, y de las atracciones y repulsiones entre las moles enormes la mecánica celeste; de la división en las especies entre los sexos extrae la perpetuidad de las mismas, avivándose y manteniéndose aquel gran todo á que pertenecemos por obra y por milagros de amor. Las partículas afines en la cohesión, las gravedades cósmicas en la fuerza, el pareado de macho y hembra en las especies, el sol y la luna en los astros, el cielo y la tierra, el hombre y la mujer ¡oh! responden á universales armonías en que, no podemos dudar, entran el Criador anotándolas y las criaturas obedeciendo á esta increíble anotación cual el músico al pentágono y el órgano al músico. Oigamos todas estas armonías, examinémoslas, pues ellas, y sólo ellas, podrán darnos la verdadera clave del influjo

ejercido por la mujer sobre nuestra vida y nuestra historia.

Lo infinito nos rodea en el espacio, lo eterno en el tiempo. Donde quiera que vuelvo los ojos me hallo sin más límites que los puestos por la debilidad irremediable de mis sentidos y borrados por la potencia inmensa de mi razón. Lanzad una piedra con el pensamiento á la inmensidad. Suprimid luego la fuerza de atracción que podría suspenderla por medio de las cadenas invisibles de la gravedad en guisa de lámpara, ó encerrarla dentro de un sistema solar ó planetario llamándola imperiosamente á sí como el sol llama la tierra y como la tierra llama los bólidos acercados á sus senos. Pues bien, la piedra no se detendría jamás si había de pararse ante algún límite, ante alguna frontera, puesto que los dominios del espacio inmenso no acaban en ninguna parte. Las exploraciones del telescopio por los cielos, y el cálculo respecto de las distancias recorridas con su celeridad por la luz de los astros hasta llegar á nuestra retina, enseñan prácticamente cómo vivimos anegados en la inmensidad material. Recorriendo los rayos luminosos millares de leguas por segundo, luce alguna estrella en el hemisferio nuestro, cuya luz visible, la que recogemos esta noche con los ojos, se trasmitió por su disco en tiempo de Cleopatra, es decir, hace veinte siglos. Y lo que decimos del espacio decimos del tiempo, tan estrechamente relacionados, que casi resultan sinónimos en nuestra hermosa lengua. Un punto matemático genera el espacio, como un instante imperceptible genera el tiempo, como un átomo

casi abstracto genera el universo. Nosotros apenas concebimos el tiempo sino en sus referencias con la breve vida humana, ni el espacio sino en las limitaciones y fronteras que pone á las cosas extendidas por sus senos; pero el tiempo es eterno, como el espacio es infinito. La geología moderna y la historia crítica se han encargado una y otra de poner el origen de las tierras que parecen como de acarreo con el origen de los hechos que parecen de ayer allá en edades muy remotas y apartadas. Preguntad al que interpretó los jeroglíficos egipcios por las primeras dinastías faraónicas, y veréis que parecen tan viejas como el granito donde se han tallado las esfinges de aquellos solemnes y teocráticos altares; preguntad cuánto tiempo ha tardado el cuarzo de semejante mineral en cristalizarse ó enfriarse, y apenas tendréis cifras en que contener y encerrar tantos siglos de siglos. Todo se agranda según que la ciencia se agranda también. Así como en el breve planeta nuestro, en este átomo de polvo empapado de lágrimas, el mar conocido por los primeros argonautas es como un lago enfrente del mar revelado por Colón y Magallanes, en la historia, tal como la concibe nuestro siglo, y en la geología, tal como nuestro siglo la explica, y en las ciencias astronómicas mismas, tales como las vemos hoy, ha el tiempo crecido hasta confundirse con la eternidad, como esos ríos semejantes á océanos en sus desembocaduras y desagües. Pues bien, lo infinito del tiempo, y lo infinito del tiempo revelándonos lo eterno y lo inmenso, nos revelan á Dios, cuya idea no se contendrá jamás en ninguna otra

idea, cuya esencia en ninguna otra esencia, porque lo contiene todo el espacio, y tiempo, cosas y relaciones de las cosas, la infinidad así material como espiritual, y lo eterno y lo inconmensurable, siendo el conjunto de sus atributos como arquetipo de nuestro universo, iluminado por su mirar, sostenido por su aliento, puesto en la extensión inacabable por sus manos, vívido y animado porque lo vivifican y lo animan aquellos flúidos á cuya virtud un calor vivificante lo penetra todo, como efuvio emanado del sér, absoluto, perfecto, incomunicable, que ha dado á los orbes las leyes de su atracción y á los hechos las leyes de su providencia. Invoquémosle y adorémosle al principiar é iniciar una de nuestras obras.

Lo mayor, lo mejor, lo más perfecto que hay allá en lo increado es Dios; lo absoluto y lo mayor, lo mejor, lo más perfecto que hay en la creación, en los seres de nosotros conocidos, es el alma humana, lo espiritual. En el alma no hay como la mente y en la mente no hay como la idea. Los seres no serían sin Dios, y no serían comprensibles sin la humana inteligencia. Como para ser visibles necesitan las cosas de luz, para ser comprensibles necesitan las cosas de idea. Un pensamiento envuelve todo cuanto es á manera de misterioso éter impalpable. Y este pensamiento resulta más espiritual cuanto más se ahonda y profundiza en su esencia. El anatómico podrá sabiamente analizaros la humana cabeza en sus huesos parietales, con su masa encefálica, y, después de dividirla en cerebro y cerebelo, señalando en aquél todo lo intelectual y en éste todo lo

afectuoso, y mostrando éste contenido en la parte posterior y aquél en la parte anterior del cráneo, añadirá cómo la espina dorsal se deriva de tal origen superior y con ella los nervios de la sensibilidad, que transmiten las impresiones, y los nervios del movimiento, que impelen los músculos, resultando esa maravillosísima caja puesta sobre nuestros hombros y cuello como la caldera de vapor que mueve todos los cilindros y ruedas en complicada maquinaria, como la pila voltaica, que difunde la electricidad por las redes telegráficas; y si no basta el análisis de la grande anatomía, vendrá después el microscopio de la histología y os distinguirá la sustancia blanca de la sustancia gris, así en los sesos como en la médula, y os dirá para qué sirven estas dos materias en las transmisiones de los diversos fenómenos por todo vuestro cuerpo, y en la relación de unos órganos con otros y de unas sustancias con otras, pues en el microsmos de nuestro sér hay electricidad, como en la nube tonante; magnetismo, como en las rojas auroras boreales; oxígeno, como en la vía láctea; combustión, como en el sol; cristalizaciones, como en los minerales; jugo y savia, como en los árboles, y luégo el resumen de todos los organismos y la fundamental animación que alienta y mantiene todo lo animado, pues si en Dios está lo infinito, lo eterno, lo perfecto, lo absoluto, todo lo creador, en el hombre, á su vez, el resumen y compendio de todo lo contingente, de lo condicional, lo criado. Pero el anatomista y el histólogo, que pueden mostraros prácticamente la materia, y aun aquellos flúidos, que por lo eté-

reos deberíamos llamar inmateriales, no podrán poner jamás en las alacenas donde guardan los cuerpos disecados, en las retortas donde analizan las sustancias químicas, en las pilas y en las botellas donde reciben de vuestros nervios y á vuestros nervios comunican la electricidad, en la lente de sus microscopios la sustancia de que se halla compuesto quien todo lo sabe, quien todo lo mueve, quien todo lo explica, la sustancia de que se halla compuesto el pensamiento, que no es ni la chispa nerviosa, ni la materia gris, ni el magnetismo animal, ni éter, ni flúido alguno, porque todo esto cae bajo la experiencia, y el telescopio para columbrar y el microscopio para descomponer lo espiritual está, no en los instrumentos materiales, no en los ojos de carne, sino en los ojos del alma. Así como lo mayor que hay sobre los cielos es la inconmensurable divinidad, lo mayor que hay bajo los cielos es la humana mente. Sin ella el universo no podría tener explicación, ni comentario, ni el complemento que dan á sus mundos materiales los hemisferios ideales del humano espíritu. Sobre la naturaleza está el alma, como sobre el alma está Dios. Los semilleros de mundos parecen pobres ante los semilleros de ideas, como las ideas parecen pálidas ante los creados arquetipos del Criador.

El pensamiento humano se abisma en las coincidencias históricas. Platón revelaba un día, bajo los plátanos del Pireo, á la vista del Hibla y del Himeto, por los argenteos del alba esmaltados, á las orillas del hermoso mar de la Grecia, recorridas por procesiones de áureas barcas, cuando recién venido

de Asia, donde consultara con celo el espíritu del mundo encerrado en aquellos santuarios, parecía un profeta escapado á las cavernas del oráculo, guardando aún el escalofrío de las sublimidades contadas á su oído, cómo en el Verbo, en la palabra humana se contienen y guardan las divinas revelaciones, por ser la palabra, expresión de la idea, como un intermediario entre lo natural y lo sobrenatural; é Isaías, en los desiertos de Palestina y en las cavernas henchidas de ideas proféticas, anunciaba también á Emmanuel, con cuyo nombre quería decir que Dios está con nosotros. Por manera, que mientras Platón en su Verbo revelaba cómo el hombre sube á Dios, Isaías revelaba en su Emmanuel cómo Dios baja hasta el hombre. A los resplandores de tan grandes verdades veréis los átomos encenderse, como enrojecidos en las llamas divinas, y juntarse, relacionándose por medio de las afinidades entre sí, los más próximos hasta formar la cohesión, y relacionándose con los más alejados por medio de la gravedad hasta producir esa especie de grande sinfonía sidérea, que se llama en el lenguaje de los hombres universal atracción. Y además el oxígeno, el hidrógeno, el carbono, el ázoe, á los cuales llamamos en el habla vulgar gases, mezclados con los metaloides y demás cuerpos simples, compusieron la primer levadura de la vida, por la cual en esa hermosa lengua griega, tan dispuesta para expresar en una sola palabra series completas de ideas, los llamamos biógenos ó generadores de la vida. Así, por ejemplo, el agua, indispensable al mundo vegetal y al animal, contiene de suyo en

cada molécula ó globulillo un átomo de oxígeno y dos átomos de hidrógeno, merced á las combinaciones químicas que la producen, como van produciendo todos los cuerpos orgánicos é inorgánicos donde late la vida. Estas cantidades múltiples de los primitivos simples en la composición de lo llamado por otras edades elementos; esos números factores de multiplicaciones misteriosísimas; esa química y esa matemática inconscientes, sin las que no llegarían los cuerpos á cristalizarse nunca, demuestran una vez más cómo suprema, infalible inteligencia rige todo el universo y lo mantiene vivo y proporcionado con armónica medida. Según la mayor ó menor cohesión que acerca las moléculas, se hallan los cuerpos en estado sólido, líquido, gaseoso. Y según otra relación, crecen por sobrepuestas de moléculas y son inertes, como los minerales; crecen por crecimiento interior, y viven, pero no sienten, ni se mueven, como los vegetales; crecen, viven, sienten, se mueven como los animales; crecen, viven, sienten, se mueven y piensan como los hombres; enlazados unos seres con otros seres por esencias y calidades que les son comunes, mientras los hombres se relacionan, á su vez, con un mundo espiritual, superior á las corrientes del tiempo, no limitado por ninguna frontera en el espacio, más etéreo que la luz esparcida por el universo, y en el que van como flotando las puras ideas, de donde copian su plan y su modelo eterno las impuras cosas. Esta espiral, que desde los átomos primeros, esos gérmenes del sér, se levanta, merced á fuerzas ingentes y á maravillosos organismos, has-

ta el cielo y su Dios, bien puede asombrarnos, por ser como una demostración viva y patente del sér absoluto y su razón suprema, que todo lo prevé y lo anticipa desde la eternidad, como de su providencia, que todo lo mantiene y sustenta en irradiaciones luminosas de la vida universal, vida que es como una especie de atmósfera en la cual todos vivimos, ó de Océano en el cual todos nos bañamos.

Todos los átomos se mueven. Este movimiento hace vibrar sus moléculas. Esta vibración engendra el calor. *Motus est causa caloris*. Este calor enciende la luz. Pues como la luz presupone calor, y el calor presupone movimiento, el movimiento presupone motor. Este motor es Dios. La creación química y la creación mecánica presuponen la existencia del Criador. Ni se ha demostrado la generación espontánea, ni se demostrará el movimiento espontáneo. La generación supone un generador supremo de la vida y el movimiento supone aquel motor inmóvil de que nos habló Aristóteles. No podéis dar un paso en el espacio y en el tiempo sin encontraros en todas partes, no á la verdad oculto, patente y manifiesto, á Dios. El amor, entre los átomos cercanos, afinidad, produjo la cohesión química; el amor, entre los átomos lejanos, atracción, produjo la gravedad mecánica. Á la luz difusa en el espacio se le llama éter. Por unas y otras fuerzas el éter se condensó en torno de núcleos, y estas condensaciones del éter en torno de núcleos produjo los soles. De los soles se desprendieron, como de una cabellera los cabellos, como de una flor los pétalos y los pétalos, esos orbes llamados planetas, que todos tienen

una forma esférica, más ó menos perfecta. Estos se apartan del sol por un impulso, al cual podríamos llamar de odio y alejamiento, que les constriñe á precipitarse en los abismos del espacio, hasta que otro impulso de amor y unión les detiene pródigo en su caída y los llama con suave reclamo á revolar de nuevo y subir trazando elipses, como la nave luminosa estelas, por los mares electrizados, por los espacios inmensos, en derredor de su etéreo y divino foco. Además de todos estos grandes cuerpos, hay diseminados por el espacio, á modo que los insectos alados, las mariposas y las abejas; á modo que los insectos luminosos, las luciérnagas y las ludiolas, asteroides, bólidos, planetillas semejantes á corpúsculos cuyos elementos resultan idénticos á los elementos terrestres, y que diseminados en la inmensidad, si entran en el radio de atracción propia que tiene la tierra, penetran en su atmósfera, y al contacto suyo se animan en calor y encienden á una en vívida luz. Muchas veces el número de tales astros es tan considerable, que le llaman á su presencia lluvia de estrellas, por asemejarse mucho á una granizada de luz, á un maravilloso nevasco de éter. En mis largos viajes por Italia he visto esas luciérnagas aladas volar en grandes enjambres sobre la superficie bituminosa de las lagunas pontinas, por las laderas verdes del monte Mario, y hame parecido asistir á una lluvia copiosa de misteriosísimos asteroides. Entre los planetas, cuatro, los menores, están más cerca del sol, y el mayor de los menores, al decir de los astrónomos, resulta la tierra; y cuatro, los mayores, más lejos del sol, y el

mayor de los mayores resulta Júpiter. Los asteroides ó planetillas no pueden calcularse, pues aparecen como innumerables en la inmensidad, y como cuerpos opacos sólo se ven cuando penetran en atmósferas que puedan facilitar en ellos una combustión más ó menos viva y encenderlos. Además del calor solar, poseen el calor central todos los planetas; pero ninguno puede poseer las condiciones vitales de nuestra tierra; los unos, como la luna, por carecer de aire y agua; los otros, como Marte y Venus, por hallarse demasiado cerca del sol; los otros, como Júpiter y Neptuno, por hallarse demasiado lejos. Además del sol, de los planetas, de los satélites como nuestra luna y como el anillo en Saturno, de los asteroides, hay las estrellas, alejadísimas de nuestro sistema solar, y á las cuales creemos encendidos soles, que tendrán quizás en torno suyo, también oscuros, y, por tanto, invisibles, pero grandes y numerosos planetas, si hemos de inducir por analogía y hemos de dar algún valor á la probabilidad. La estrella más vecina de la tierra es Pitágoras, ó sea el *alfa* del segmento de cielo á que damos el fantástico é impropio nombre de Centauro. Desde tal astro á nosotros hay doscientas mil veces la distancia que de nosotros al sol, y del sol distamos, como sabe hoy todo el mundo, en la mayor separación, unos ciento cincuenta millones de kilómetros. ¡Cuán bella y reveladora es la creación!

Dejemos de concentrar nuestros ojos en las luminarias del espacio inmenso. El carro marcha majestuosamente por las noches de nuestro hemisferio, no lejos de la estrella Norte, adonde miran las

puntas de nuestras brújulas y las retinas de nuestros ojos para orientarnos en los mismos espacios terrestres. La gran estrella de Orión, la estrella Sirio, reluce con tal brillo, que si pudiésemos acercarnos á ella, nuestro sol palidecería de seguro entre sus rayos como palidecen las miserables luciérnagas ante los rayos del sol. No temblemos por los cometas que vuelan arrastrados en una vertiginosa carrera y parecidos á plumas caídas de las alas esplendentes de un ángel invisible. No creamos gasas de materia cósmica, suspensas en los límites del universo visible, las vías lácteas inmensas que se hallan compuestas por polvo de soles y forman como inmensos arenales de divino éter. Aunque á los ojos de la poesía todos esos mundos aparezcan en visiones místicas cual áureos vasos consagrados al templo de Dios, escalas de diamantes y topacios por donde bajan los ángeles, místicas lámparas colgadas del firmamento, ó signos que trazan cabalísticamente los horóscopos de los mortales en sus astrológicas figuras, á los ojos de la ciencia resultan como gigantes hornos donde los metales aquí más fríos se hallan como volatizados, merced á las aglomeraciones de oxígeno en combustión, semejante á la producida por incendios inenarrables, tormentas tonantes, volcanes en erupciones capaces de acalorar y enrojecer espacios inmensos con su terrible irradiación ígnea. Mas ya lo hemos dicho; no tratamos de volar ahora por los cielos ni de arrobarnos en la contemplación estática del cruce de sus rayos y del resplandor con que iluminan nuestras noches serenas hasta las estrellas telescópicas, invisibles al dé-

bil alcance de nuestros pobres ojos. Limitémonos á la tierra para verla en la formación y deducir, después de vista y estudiada, las aplicaciones indispensables al tema de nuestro asunto. Esta tierra fué parte integrante del sol. Desprendida un día de su masa, fué durante mucho tiempo sol de ella misma, luciendo con luz propia, irradiando calor á causa del fuego voraz en que se abrasaba. Si hubiéramos podido verla desde un orbe cercano en aquel entonces, acaso nos consumiéramos en ella como se consume la mariposilla en el resplandor de la luz esplendente á que ciega se aproxima. La tierra fué sol á su vez, pequeño sol, pero ardió y lució como los grandes soles y en competencia con ellos por su vivo fuego. Hoy mismo este fuego, llamado central, se halla de su corteza fría tan próximo como los granillos de la película que rodea y envuelve las entrañas de las uvas. El espesor medio de nuestro suelo no puede pasar, según sabios cálculos, de 44 kilómetros. Por consecuencia, si pudiéramos abrirla como abrimos la naranja, encontraríamos dentro de su cáscara un sol ardiente que, á cierta distancia colocado, podría llamar otros planetas con su atracción, esclarecerlos con su luz, avivarlos con su calor y parecer en la noche de otros mundos una hermosa estrella, inspirando suaves y estéticas tristezas en música y poesía. Esta corteza puede muy bien dividirse, como nos enseñan todos los geólogos, en varias capas ó zonas, que deberán ser concéntricas allá en otros tiempos, mas que hoy se hallan muy diversamente colocados por la superficie de nuestro globo á causa de las innume-